

LA NOCHE DEL GRITO

Berta Hiriart



Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



**MÉXICO
2010**



LA NOCHE DEL GRITO

Berta Hiriart

CADA AÑO, DESDE LOS TIEMPOS DE LOS TATARABUELOS, al caer la noche del 15 de septiembre, los mexicanos celebramos la Independencia. El momento cumbre llega a las once, cuando se abre el balcón del palacio de gobierno y se deja escuchar el célebre grito “¡Viva México!”, que la multitud corea con entusiasmo: “¡Viva!” Resuenan en seguida las campanas, el himno, el coheterío. Nadie quiere perderse la fiesta, pues además de diversión nos brinda la certeza de formar parte de un gran país que, superando todas sus diferencias, comparte una historia común.

Pero no vaya a pensarse que la representación que hoy disfrutamos se apega a los sucesos encabezados por el cura Hidalgo en 1810. Para comenzar, el Grito no se dio en la noche del 15 de septiembre sino en la madrugada del 16; para seguir, Miguel Hidalgo no enarboló la bandera de México, que aún no existía,

ni el estandarte de la virgen de Guadalupe, y, para rematar, sus palabras fueron muy distintas de las que se proclaman en la actualidad. Y es que en los doscientos años transcurridos desde entonces el país ha cambiado por completo.

¿Qué ocurrió en verdad aquella noche?

México, entonces llamado la Nueva España, llevaba tres siglos bajo el poder de los virreyes, quienes habían impuesto lengua, leyes, religión y costumbres. Allá iban los barcos cargados de oro y plata, de maíz y cacao y otros preciosos bienes. Aquí quedaban los indios encomendados a un señor castellano o andaluz, quien supuestamente había de cuidarlos a cambio de los frutos de su trabajo en la hacienda, el campo o las minas. Sin embargo, sucedía en realidad que los indígenas —y más tarde, cuando éstos sufrieron epidemias que los diezmaron, los negros traídos de África— no eran más que siervos que podían ser maltratados al gusto del patrón.

La inconformidad contra el dominio europeo comenzó a recorrer nuestra tierra. ¿Y cómo no? Los mestizos sólo encontraban trabajo como ayudantes en algún taller o comercio, y los criollos, aunque gozaban de mejor posición, resentían que los peninsulares los mantuvieran al margen de las grandes decisiones.

Las noticias sobre las sublevaciones de otros pueblos vinieron a atizar los ánimos. Si los Estados Unidos habían logrado independizarse de Inglaterra, y Francia había sido capaz de derrumbar a la monarquía, dando a su vez alas a Haití para sacudirse a los conquistadores franceses, los mexicanos también podríamos cambiar el rumbo de nuestra historia.

Además, había que aprovechar la inestabilidad de España luego de la invasión francesa comandada por el emperador Napoleón Bonaparte. La desorganización distraía al reino, que también se vio arrastrado a la guerra contra otros países europeos. Esto era propicio para un movimiento de independencia, aunque resultara difícil emprenderlo de inmediato. Las acciones bélicas exigían grandes cantidades de dinero y su repercusión sobre la Nueva España no se hizo esperar. Las cuotas que los diversos gremios, incluida la Iglesia, debían pagar a la Corona se fueron al cielo. La gente común se vio aún más empobrecida y, con toda razón, más enojada.

El revuelo llegó a las reuniones que abogados, comerciantes, militares y gente de diversos oficios realizaban en casa de los corregidores de Querétaro, Miguel Domínguez y Josefa Ortiz. Entre versos y obras teatrales venían a cuento los hechos que agitaban al mundo,

y poco a poco fue quedando claro que los mexicanos debían tomar las riendas del país. Los españoles no iban a permitirlo, desde luego, y por ello habría que planear el golpe con gran cuidado, en secreto.

Así fue como Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, Mariano Abasolo, Juan Aldama y la propia doña Josefa se convirtieron en conspiradores. Hay que decir, por justicia, que aunque estos héroes son los más conocidos, hubo cientos de ellos a lo largo y ancho del país. Mujeres y hombres, jóvenes y viejos, apoyaron el movimiento arriesgando sus vidas, unidos por el deseo de liberar a nuestra nación.

La mayoría no se planteaba romper con la Corona sino sólo destituir al mal gobierno. Sin embargo, algunos participantes, como Hidalgo, creían necesario ir más lejos. Nuestro héroe era un hombre culto y singular. Además de encargarse del curato de Nuestra Señora de los Dolores, fabricaba lozas, escribía teatro y poesía, y cultivaba productos prohibidos, como la vid y las moreras. Le gustaba llevar la contra a los gobernantes españoles, a quienes juzgaba tiránicos e injustos. De hecho, cuando Allende lo invitó a las reuniones en la casa de los corregidores, la Iglesia ya le había lanzado algunas advertencias por su comportamiento rebelde.

Joaquín Fernández de Lizardi, poeta y periodista de la época, describe en su breve obra teatral *El grito de libertad en el pueblo de Dolores* las tareas que desempeñaba Hidalgo para crear conciencia entre la gente del pueblo. Una de ellas era escribir letrillas que hacía luego cantar a un coro compuesto por muchachas y jóvenes del pueblo:

A las armas corred, mexicanos,
de la patria el clamor escuchad,
baste ya de opresión vergonzosa,
libertad pronunciad, libertad.

La toma del poder estaba planeada para el 1º de octubre. Pero un trabajador de correos delató a los independentistas ante la autoridad española. Sin saber que los corregidores eran parte del movimiento, el intendente Riaño comentó a Miguel Domínguez los planes para detener la conspiración descubierta.

Puede suponerse que el 15 de septiembre hubo una fuerte discusión entre los corregidores. Doña Josefa deseaba participar en las acciones definitivas, pero su marido temía por ella y, como en aquellos tiempos los hombres se creían con derecho a decidir sobre las





mujeres, la encerró en sus habitaciones. Por suerte, en la planta baja vivía Ignacio Pérez, otro de los conjurados, con quien doña Josefa había convenido que en caso de urgencia ella golpearía el piso con el tacón del zapato.

El hombre acudió al aviso y, por el ojo de la cerradura, doña Josefa pudo pedirle que ensillara un caballo y se trasladara a todo galope a San Miguel el Grande para enterar a Allende de lo que ocurría. Pérez advirtió a los conspiradores justo a tiempo, pues el ejército realista ya comenzaba a detener a independentistas.

No había un instante que perder. A las dos de la mañana, un puñado de insurgentes se reunió a discutir:

—Caballeros —dijo Hidalgo—, aquí no hay más remedio que ir a agarrar gachupines.

Aquellas palabras espantaron a Aldama y a algunos otros que no estaban convencidos del camino de las armas. Pero lo cierto es que si no optaban por una medida radical, los aprehenderían y el movimiento sería sofocado. De modo que dieron inicio al levantamiento.

Se dirigieron a la capilla de Dolores seguidos por la multitud que iba reuniéndose a su paso. Amanecía cuando el cura hizo repicar las campanas e invitó a los miles de personas congregadas en el atrio a unirse a

la lucha. Dicen —aunque en esto los cronistas no se ponen de acuerdo— que al terminar su discurso pronunció:

—¡Viva Fernando VII! ¡Viva la santísima virgen de Guadalupe! ¡Muera el mal gobierno!

Tal vez estas palabras les parezcan desconcertantes a los niños y las niñas del siglo XXI, pero tendríamos que meternos en la cabeza de Hidalgo para comprenderlas. Una cosa era el deseo de acabar con los gachupines, es decir, los españoles abusivos recién llegados de Europa, y otra, muy distinta, perder el respeto a la suprema figura del Imperio español, que además se encontraba en problemas por la invasión francesa. Aunque los criollos declaraban con orgullo ser mexicanos, mantenían un vínculo fuerte con la nación de donde provenían sus padres. Y creían mil veces preferible estar bajo la Corona de Fernando VII, llamado *el Deseado*, que bajo la de José Bonaparte, hermano de Napoleón, mejor conocido como *Pepe Botella*.

Tampoco es extraño que Hidalgo, luego de dar el Grito y liberar a los presos, se dirigiera al santuario jesuita de Atotonilco para tomar el estandarte de la virgen de Guadalupe. La religión católica había terminado por aglutinar a la población de las diversas culturas prehis-

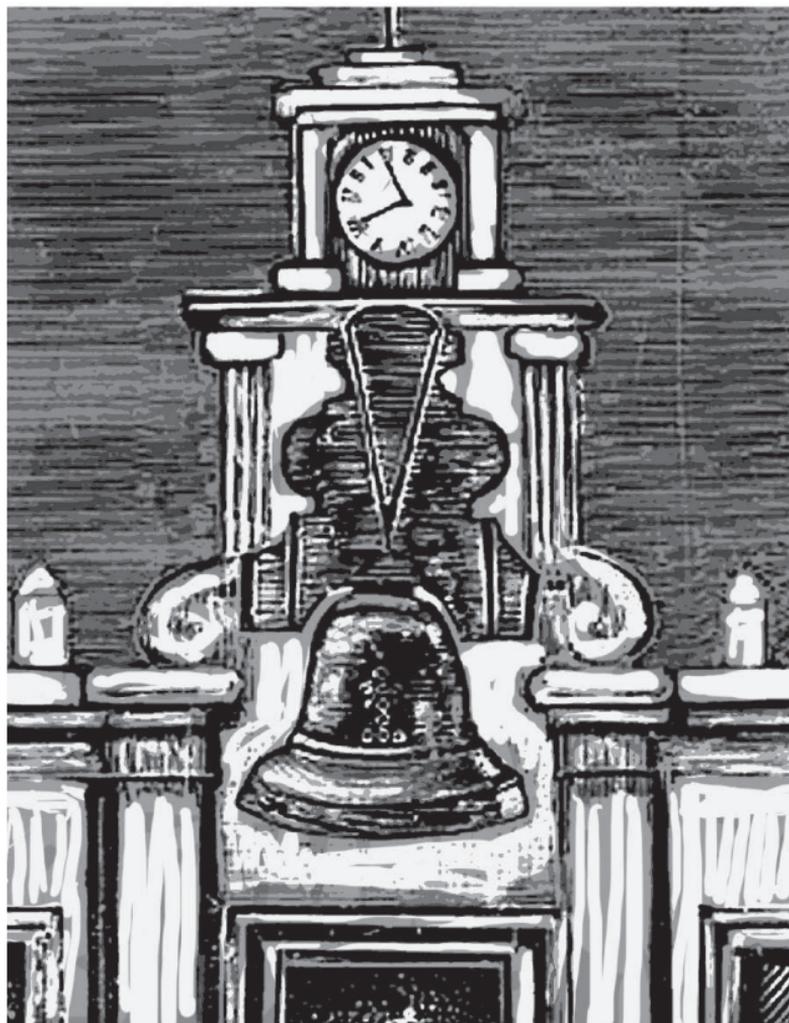
pánicas y tendrían que pasar décadas antes de que Benito Juárez planteara la separación de la Iglesia y el Estado. Hoy México es una nación laica y cada quien es libre de profesar la religión que le convenza, pero en aquel momento la mayoría se identificaba con la Guadalupana, en especial los indígenas, quienes la bautizaron *María Insurgente*.

Con ella en lo alto, Hidalgo logró reunir un ejército de centenares de personas armadas con picos, palas, machetes y cuchillos, el cual dio inicio a la guerra que habría de durar once años antes de alcanzar la independencia. Allende y Aldama murieron fusilados a finales de junio de 1811; Hidalgo, un mes después. Ignacio López Rayón, sin embargo, quedó al mando de la contienda y se ocupó de la primera celebración de la Independencia. Una descarga de artillería se dejó escuchar al amanecer del 16 de septiembre de 1812 con el fin de recordar los hechos heroicos. Al año siguiente, José María Morelos y Pavón solicitó que la fecha quedara inscrita en el calendario de las ceremonias nacionales.

Con el paso del tiempo se encontró poco práctico mantener un festejo oficial en la madrugada. Se propuso que se diera el Grito la noche del 15 y se hiciera el desfile el día siguiente. Después, cada presidente de la

República, dependiendo del propio carácter y del contexto político, introdujo variantes a la ceremonia.

¡Viva la independencia! ¡Vivan los héroes que nos dieron patria! ¡Viva México!

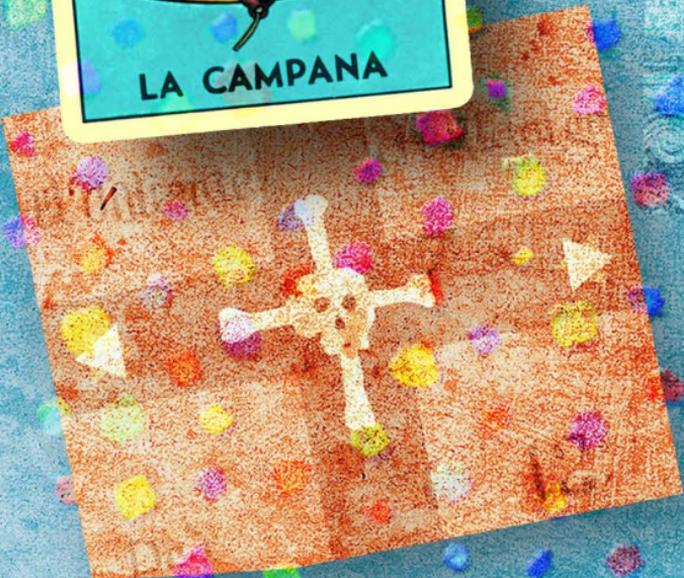




Francisco Ibarra y Mauricio Gómez Morin,
diseño de la colección; Mauricio Gómez Morin
ilustración de portada; Mauricio Gómez Morin, Tania Juárez y Carlos Vélez,
ilustraciones de interiores; Gerardo Cabello y
Javier Ledesma, cuidado editorial.

D. R. © 2009, Instituto Nacional de Estudios
Históricos de las Revoluciones de México
Francisco I. Madero, 1; 01000 San Ángel, México, D. F.

Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



MÉXICO
2010

